

y nadie nos quiere dar hospedaje. Aunque tenemos paja y heno para las bestias, y pan y vino para el gasto mío y de mi mujer tu sierva, y del criado que viene con nosotros, nada nos falta sino posada.» El anciano les respondió: «La paz sea contigo: yo te daré todo lo necesario: Sólo te ruego que no te detengas más en la plaza.» Condújole á su casa, y dió de comer á las caballerías, y después que se lavaron los pies, los convidó á su mesa. Mientras cenaban vinieron unos vecinos de aquella ciudad, (hijos de Belsal, esto es, sin temor de Dios, los llama la Sagrada Escritura), y cercando la casa del anciano comenzaron á dar golpes en la puerta, gritando al dueño de la casa, y diciéndole: «Sácanos fuera ese hombre que entró en tu casa, que queremos abusar de él. Aconsejéles el anciano desistieran de cometer semejante maldad, y como fuera de sí, ofrecióles la doncella hija suya y la mujer del hombre á quien había dado hospedaje. No queriendo ceder á las razones del anciano, el Levita sacóles su mujer y abandonóla á los ultrajes. . . . . La mujer, viéndose libre al venir la mañana, fuese á llamar á la puerta de la casa donde estaba su señor, y allí se cayó muerta.

Así que fué de día, levantóse su marido y abrió la puerta con ánimo de buscar á su mujer, y proseguir su viaje, y he aquí que su mujer yacía postrada delante de la puerta con las manos extendidas sobre el umbral. Creyéndola él dormida, le decía: «Levántate y vámonos.» Mas como no respondiese, y viendo después que estaba muerta, tomóla y púsola sobre su asno, y regresó á su casa. Y apenas hubo entrado, cogió una cuchilla, y dividiendo el cadáver de su mujer junto con los huesos en doce partes ó trozos, los envió á todas las tribus de Israel. A tal espectáculo todos á una clamaban: «No se ha visto cosa semejante en Israel desde el día en que salieron de Egipto nuestros padres hasta ahora: Decid vuestro parecer y decretad de común acuerdo lo que se ha de hacer en este caso.»

En la ciudad de Belén nació David quien estaba guardando los baños de su padre Isai cuando vino Samuel para ungirle la frente.

Dijo el Señor á Samuel: «¿Hasta cuando lloras tú á Saúl, cuando Yo le he desechado para que no vuelva á reinar más sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite y ven que te enviaré á Isai bethleemita; porque he elegido rey entre sus hijos.» «¿Cómo iré yo, dijo Samuel, pues Saul lo llegará á saber y me matará!» El Eterno le respondió: «Tomarás contigo una ternera y dirás: He venido para inmolar una víctima al Eterno. Llamará á Isai al sacrificio, y yo te diré lo que has de hacer y consagras al que yo te manifieste. Samuel hizo lo que el Señor le man-

daba. Fuése á Bethlehem, y los ancianos de la ciudad, admirados salieron muy solícitos á su encuentro, y le dijeron: «¿Tu entrada es pacífica?» «Pacífica es, contestó; vengo para ofrecer sacrificio al Eterno; santificaos y venid conmigo para que yo ofrezca la víctima.» Santificó pues á Isai y á sus hijos, y los llamó al sacrificio. Y luego que hubieron entrado, vió á Eliab el primogénito, y dijo para sí: «¿Por ventura está delante del Señor su ungido?» Y dijo el señor á Samuel: «No mires á su presencia ni á su grande estatura porque le he desechado; ni yo juro por lo que aparece á la vista del hombre, porque el hombre ve lo aparece, mas el Señor juzga el corazón.» Y llamó á Isai ó Abinadob, y le puso delante de Samuel, el cual dijo: «Ni á éste ha escogido el Señor.» Con esto Isai trajo delante de Samuel sus siete hijos, y dijo Samuel á Isai: «¿Por ventura se han acabado ya los hijos?» «¿Son todos estos tus hijos?» Isai respondió: «Tengo todavía el más pequeño que está cuidando las ovejas.» Samuel replicó al punto: «Envía y tráele; porque no nos sentaremos á comer hasta que él venga acá.» Envió, pues y le trajo. Y él era rubio, y de hermoso aspecto y de linda cara. Y dijo el Señor: «Levántate, ungele porque es ese.» Tomó pues Samuel el cuerno del aceite, y ungióle en medio de sus hermanos (pero parece que no les descubrió el misterio de esta unción) y desde aquel día en adelante el espíritu del Señor se enderezó á David; y partiendo Samuel se fué á Ramatha.

La Escritura no nos dice la edad que entonces tenía David. Según una tradición hebrea, tenía veintiocho años, ó más bien dieciocho. Si le llamaba pequeño ó joven es con relación á sus hermanos. El espíritu del Eterno vino sobre él, como en otro tiempo sobre Saul; pero no fué por un tiempo determinado, sino por y con gracias cada vez más abundantes. De aquí aquella humildad de corazón para con Dios, aquella fuerza, aquel valor heroico para con los peligros, aquella prudencia admirable en las más difíciles circunstancias; de aquí el don de la armonía que ha de servir de encanto á las tristezas del desgraciado Saul; de aquí aquella poesía divina que nos entusiasma en los salmos; de aquí aquella inspiración profética que hace descorrer el velo para el porvenir. Por lo que hace á Saul, muy al contrario el Espíritu del Eterno se retira de él. No fué esto solo, sino que fué reemplazado por un mal Espíritu que le atormentaba, y que le atormentaba de orden del Eterno.

El espíritu de Dios, el Espíritu Santo, la gracia no destruye las cualidades de la naturaleza; ella las corrige, las modera, las perfecciona. El orgulloso deja de serlo para ser magnánimo, el temerario intrépido;

la astucia llega á hacerse prudencia; la envidia una laudable emulacia. El espíritu malo, al contrario cambia en mal lo que era en bien, y en peor lo que era ya malo. Lo que había ya brusco, de feroz, de ambicioso fácilmente llegará á hacerse una manía, el furor se convertirá en envidia arbitraria. De aquí, como por otros tantos eslabones, el espíritu malo le tendrá en su poder y le atormentará como á su esclavo.

Los servidores de Saul le dijeron entonces: «Mira que éste atormenta un espíritu malo por permiso de Dios. Si tú, Señor nuestro, lo mandas, tus siervos que tienes aquí delante buscarán un hombre que sepa tañer el arpa, para que cuando el Señor permita que te arrebathe el espíritu malo, la toque con su mano y tenga algún alivio.» Y dijo Saul á sus siervos: «Buscadme algún diestro en tañer y traédmelo.» Y respondió uno de los criados diciendo: «Yo he visto á un hijo de Isai de Bethlem que sabe tañer y que alcanza grandísima fuerza y hombre para la guerra y prudente en sus palabras, y gallardo mancebo y el Señor es con él.» Con esto envió mensajeros Saul á Isai, diciendo: «Envíame á tu hijo David que está en los pastos.» Tomó, pues, Isai un asno y cargando de panes y un cántaro de vino y un cabrito, y envió á Saul por mano de David su hijo. Y vino David á Saul y se le presentó, y Saul le cobró mucho cariño y le hizo su escudero. Y envió Saul á decir á Isai: «Quédese David en mi compañía, porque ha hallado gracia ante mis ojos. Y con esto cuando arrebatava á Saul el espíritu malo por permisión del Señor, tomaba David el arpa y tañía mejor; porque se retiraba de él el espíritu malo.»

Los antiguos y modernos están conformes con los efectos sorprendentes de la música, bien para evitar ó calmar las pasiones, bien para curar cierta clase de enfermedades. Un autor griego asegura, refiriéndose á Xenócrates, que empleaba la armonía de los instrumentos músicos para curar á los maniáticos y á los furiosos.

David producía efectos análogos con su arpa ó cítara. El sonido de este instrumento calmaba las pasiones y el mal humor natural de Saul, por ende hacia calmar el espíritu malo que se servía de su mal humor y de sus pasiones para arrastrarle á los últimos excesos. Además, según Cicerón nos enseña, músico y poeta eran en otro tiempo sinónimos, es de creer que David tocando el arpa cantara también las alabanzas de Dios, y principalmente fuera debido á la virtud secreta de la divina palabra al verse libre Saul por algún tiempo del mal espíritu que le atormentaba.

No se sabe cuanto tiempo transcurrió después de esto para que los filisteos se reunieran de nuevo para llevar la guerra á Soco en

la tribu de Judá. «Saul y los hijos de Israel, habiéndose congregado, vinieron al valle de terebintho y ordenaron su ejército para pelear contra los filisteos. Y los filisteos estaban apostados sobre un monte de la una parte, é Israel sobre otro monte de la otra, y había un valle entre ellos. Y salió del campamento de los filisteos un hombre bastardo, llamado Goliath de Geth que tenía de altura seis codos y un palmo (como unos diez pies y medio). Y traía en su cabeza un morrión de cobre, y estaba vestido de una lariga escama; y el peso de su largo era de cinco mil ciclos de cobre (como unas ciento cincuenta libras). Y sobre sus piernas traía botas de cobre. El mástil de su lanza era como lanzadera de tejedores, y el hierro de su lanza tenía seiscientos ciclos de hierro (como unas dieciocho libras), y su escudero iba delante de él. Y puesto en pie, daba voces contra los escuadrones de Israel diciéndoles: «¿Por qué habéis salido á punto de batalla? ¿No soy yo filisteo y vosotros servidores de Saul? Escoged de entre vosotros alguno que salga á combatir cuerpo á cuerpo. Si pudiera pelear conmigo y me matare, seremos vuestros siervos, mas si lograre yo la ventaja y le matare á él, seréis vosotros los siervos y nos serviréis.» Y decía el filisteo: «Yo he insultado hoy á los escuadrones de Israel. Dadme acá un hombre que salga á pelear conmigo cuerpo á cuerpo.» Y oyendo Saul y los israelitas tales razones, quedaban atónitos y tenían grande miedo. Este filisteo se presentó así mañana y tarde, por espacio de cuarenta días.

Sin embargo David había vuelto cerca de Isai para aceptar los rebaños de su padre en Bethlem.

Abesán Juez de Israel, era también de Belén y en Belén fué sepultado. Así se deduce del capítulo XVI del primer libro de los Reyes.

Sucedió que se amotinaron los de Ephraim; los cuales pasando hacia el Norte, fueron á decir á Jephthé: «¿Cómo yendo á pelear contra los Ammonitas, no quisiste convocarnos para que fuéramos contigo? Por este *desaire* vamos á quemar tu casa. Respondióles él: Mi pueblo y yo tenemos una gran contienda con los hijos de Ammón: os llamé para que me dieseis socorro y no quisiste hacerlo. Viendo eso me expuse al peligro, y salí con poquísima gente contra los hijos de Ammón, y el Señor los entregó en mis manos: ¿por dónde pues he merecido yo que os levantéis contra mí para hacerme la guerra? Por lo cual Jephthé reunió así á todos los varones de Galaad, y peleó ó se *defendió* contra Ephraim. Y derrotaron los Galaaditas á los de Ephraim que decían: Galaad es un fugitivo de Ephraim, que *no puede escapar*, pues habita en medio de Ephraim y de Manassés. Ocuparon también los Galaaditas los vados del Jordán por donde habían de pasar á la vuelta los de

Ephraim. Y cuando llegaba allí alguno de los fugitivos de Ephraim y les decía: Os ruego que me dejéis pasar; le preguntaban los Galaaditas: ¿No eres tú Ephrateo? Y respondiendo él: No lo soy. Replicábanle: Pues di Sehibboleth (que significa espiga). Mas él pronunciaba Sibboleth; porque no podía expresar el nombre de la espiga con las mismas letras. Y al punto asiendo de él, le degollaban en el mismo paso del Jordán. De suerte que perecieron en la guerra de aquel tiempo cuarenta y dos mil hombres de Ephraim. Nació Jephthé, Galaadita, después de haber juzgado ó gobernado á Israel seis años, y fué sepultado en su ciudad de Galaad. Después de esto fué juez de Israel.

Abesán, natural de Bethleem: El cual tuvo treinta hijos, y otras tantas hijas, las que casó enviándolas fuera de su casa ó familia, y trajo á ella igual número de mujeres que tomó para sus hijos. Este juzgó á Israel siete años. Y murió, y fué sepultado en Bethleem. Le sucedió Mialón, Zabolonita, que gobernó á Israel diez años; y murió y fué sepultado en Zabulón. Después de éste, fué juez de Israel Abdón, hijo de Illel de Pharahhón. Que tuvo cuarenta hijos, y de éstos treinta nietos, que montaban sobre setenta pollinos, y juzgó á Israel ocho años. Y murió y fué sepultado en Pharatón en la tierra de Ephraim, en el monte Malech.

Como las demás ciudades de Tierra Santa cayó Belén bajo el yugo musulmán, y en la época de las Cruzadas fué de las primeras en sacudirlo para enarbolar la enseña de la cruz.

Al tiempo que la hueste cristiana, dice M. Michaud en su *Historia de las Cruzadas*, avanzaba por los montes de Judea, los musulmanes que moraban en ambas riberas del Jordán, en las fronteras de Arabia y en los valles de Sichem, acudían á la capital, los unos para defenderla con las armas, los otros para hallar dentro de sus muros un refugio para su familia y ganados. A su paso eran habitantes cristianos ultrajados y reducidos á cautiverio, y en iglesias y oratorios se cebaban las llamas. Las comarcas inmediatas á Jerusalén ofrecían un aspecto de desolación, y en campos y ciudades resonaba el hórrido estruendo de la guerra.

»Los cruzados pernoctaron en la aldea de Anthot ó de San Jeremías, llamada Emmaus por nuestros cronistas, distante tres leguas de Jerusalén, y allí recibieron una embajada de los cristianos de Belén que imploraban su auxilio. Conmovido por sus súplicas, Tancredo se puso en marcha á media noche con trescientos guerreros y fué recibido en Belén entre las bendiciones del pueblo cristiano. Entonando piadosos cánticos visitaron los caballeros la cueva donde nació el Salvador, y

Tancredo clavó su pendón en la santa metrópoli á la hora misma en que fuera anunciado á los pastores el nacimiento de Jesús.

Asael, hermano de Joab, fué conducido á Belén y depositado en el sepulcro de su padre. De Mahanaim, ó el campo lugar así llamado por Joab de otro lado del Jordán, en el que el hijo de Saul había sido reconocido rey y donde había fijado ordinariamente su residencia, Abuer, hijo de Ner, y los servidores Isboseth, vinieron á Gabaón, ciudad de la tribu de Benjamín, no lejos de las fronteras de Judá, Joab, hijo de Sarvia y los servidores de David marcharon contra él, y se encontraron cerca de la piscina de Gabaón en cuyos dos diferentes lados estaban acampados unos y otros.

Entonces Abuer dijo á Joab: «Que se levante nuestra juventud y pelee á nuestra presencia; peleen hasta en combate singular como se hacía más tarde en los torneos de la edad media.» Joab respondió: «Levántese pues y que peleen.» Al punto de la parte de Isboseth se levantaron doce, y otros tantos de la parte de David. Luego se decide el combate, quedando por aquéllos la victoria, y dando muerte á todos sus adversarios, que cayeron muertos unos sobre otros. Pronto se les dió la recompensa llamando á aquel sitio el Campo de los Valientes en Gabaón. Quedóle el título en memoria de una acción tan determinada.

La muerte de aquellos doce valientes fué seguida de un rudo combate, en el cual Abuer y las tropas de Israel fueron derrotadas. En derrota Asael, uno de los hermanos de Joab que se fiaba en la ligereza de sus pies, más veloz que los siervos que habitan en los bosques perseguía á Abuer sin volverse ni á derecha ni á izquierda marchando siempre sobre sus pasos. Abuer miró un momento atrás y le dijo: «¿Eres tú Asael?» «Yo soy» respondió. Abuer prosiguió. «Vé á derecha ó izquierda, y coje uno de aquellos jóvenes, y toma para tí sus despojos.» Pero Asael no quiso abandonarle. Abuer repitió entonces: «Retírate, te lo ruego, y cesa de perseguirme, porque me obligas á que yo te hiere y te deje pegado en tierra. ¿Y cómo podré yo después de esto levantar los ojos delante de tu hermano Joab?» Asael despreció sus palabras. Abuer, pues, volviendo su lanza le hirió, pasándole de parte á parte. Murió al momento de la herida que le había causado, y todos los que por allí pasaban se detenían para ver á Asael tendido en el suelo.

No era posible guardar más moderación en su superioridad que guardó Abuer, uno de los hombres más valientes de su época, para con Asael y Joab.

Este mismo espíritu de moderación se vé en el resto de la guerra. Joab y su hermano Abisai persiguieron á Abuer hasta ponerse el